

Las procesiones penitenciales

Sería muy aventurada la pretensión de resumir el cúmulo de sentimientos, vivencias, pensamientos y oraciones que embargan el corazón de los hombres y mujeres, jóvenes y adultos, cuando acompañan, en cada procesión, a las imágenes titulares de sus respectivas Cofradías. Sin embargo, me atrevo a afirmar que, en el corazón de los penitentes confluyen de diverso modo, con distinto ritmo y en diferentes momentos, el acto de fe y la emoción callada; los interrogantes que atraviesan el alma y la súplica que se eleva con fuerza al Señor; la satisfacción por el acto piadoso y tradicional en que participa una vez más, quizá desde su infancia siguiendo a sus padres y abuelos, y la reflexión acerca de la propia vida, que pasa por la mente como película rápida en momentos de sosiego y de especial seriedad; la observación de los movimientos y reacciones de quienes contemplan el paso de las imágenes y del cortejo religioso, y el agrado o el disgusto que puedan ocasionar las gentes; la oración confiada, y la apertura del corazón ante el Señor y la Virgen, presentándoles temores, angustias, proyectos, esperanzas y zozobras que tejen la propia existencia; el arrepentimiento sincero de los propios errores y el propósito o la promesa que brotan del corazón y que después, si no se olvidan, se incorporan a la vida como signo de fidelidad al Señor; la emoción ante determinados cuadros que componen el propio desfile procesional a lo largo de su recorrido, y muchas más vivencias religiosas y profanas que sólo Dios conoce y que siempre mira con amor y con paternal comprensión.

Prescindiendo ahora de valoraciones, y con ánimo de ayudar al mejor aprovechamiento de los valores que subyacen a todo ello, es oportuno hacer una reflexión acerca del sentido y significado de una procesión penitencial especialmente en el marco de la Semana Santa.

La procesión es una acción comunitaria. En ella no participa una simple colectividad amorfa. Quienes la integran están unidos por lazos que confieren al grupo dimensiones propias de una verdadera comunidad: una misma fe, una misma condición cristiana compartida desde el Bautismo, una misma pertenencia a la Iglesia de Cristo, una misma devoción religiosa, y una vinculación opcional y explícitamente querida por todos ellos cual es la pertenencia a la misma Cofradía. Podemos decir, pues, que la procesión misma constituye una nota de identidad comunitaria y un acto distintivo de cada Comunidad cofrade. ¿Estaría de acuerdo un cofrade en que todas las procesiones son iguales? Estoy convencido de que no. Los parecidos pertenecen al ámbito de lo externo y son la única referencia a la que alcanza el simple espectador. Pero el cofrade vive la procesión como ese momento propio e inconfundible, distinto e irrepetible en el que cada año vuelca todo lo que es, lo que siente, lo que vive, lo que anhela y lo que espera. Y eso, como bien sabemos, al igual que ocurre con todas las vivencias y sentimientos importantes, tiene su singularidad en cada persona. El amor podrá definirse o describirse con expresiones aparentemente semejantes y hasta tópicas; pero cada persona que lo vive y lo comunica, siente que aquello es distinto, irrepetible e incluso no fácilmente comprensible por los demás.

No nos equivocamos si afirmamos que las procesiones, en el conjunto de los cofrades que en ellas participan, son esperadas y vividas como un verdadero acto de amor a Cristo y a la Virgen, que depende del modo como cada uno los conoce y de la forma como cada uno entiende su relación con ellos. Por eso las procesiones no pueden mantenerse ni mejorar en su más profunda motivación personal si no se procura, si no

se mantiene y si no se mejora progresivamente la formación de los cofrades y de los cristianos en general, de cuyas comunidades brotan estas Asociaciones eclesiales y las personas que las integran.

La procesión entraña una vinculación interior, seria y determinante de la persona con el misterio divino que la motiva. No hay procesión sin fe porque la procesión es un acto religioso. Sería un verdadero insulto reducirla a puro fenómeno cultural. Pero como la fe es susceptible de orientaciones diversas, tendremos que distinguir la procesión cristiana, más o menos genuina, y la procesión pagana o la no cristiana. Esta última tiene lugar cuando el ánimo que la preside tiene rasgos religiosos más o menos auténticos, pero no coincidentes con los perfiles de la fe que Cristo nos enseña.

La nota característica de la fe cristiana es la adhesión a Cristo y, por tanto, la adhesión a cuanto él enseña y establece; a cuanto promete, ofrece y dispone. La fe cristiana pierde su esencia cuando deriva hacia tendencias acomodaticias por las que la adhesión a Dios está condicionada por los intereses y razonamientos de cada uno. Por tanto, no será cristiana la procesión que uno realice, si se ha compuesto el propio camino religioso haciendo un Dios, una moral y una religión a su gusto y medida.

La procesión penitencial es un signo del peregrinar terreno hacia la verdad, la justicia, el amor y la paz que el Señor siembra en nosotros con su gracia y que nosotros estamos llamados a desarrollar interiormente aprovechando los medios que Dios pone a nuestro alcance en su Iglesia. Por tanto, el quehacer propio del penitente que camina acompañando a la imagen del Señor o de la Virgen su Madre, ha de ocuparse fundamentalmente en lo que habitualmente llamamos examen de conciencia, esto es, en la revisión de los criterios, de las razones para vivir y actuar, de las actitudes habituales que rigen nuestros actos y de la conducta que adoptamos en relación con Dios, con la Iglesia, con el prójimo y con nosotros mismos tanto en el ámbito individual, familiar y profesional, como en el cívico, político, económico, y en el eclesial. Por ello podemos decir que las procesiones son espacios de conversión.

Las procesiones, como desfile público, son una forma de presentar a las gentes el Misterio de Cristo salvador cuya imagen representa en cada caso una escena de la vida, pasión y muerte del Señor. Por tanto, las procesiones, en sí mismas, son una forma de apostolado; y, si somos conscientes de ello, deberemos preocuparnos por hacer llegar a quienes contemplan las imágenes, el sentido profundo de la escena y del gesto del Señor o de la Santísima Virgen María. Ello nos compromete primero a conocerlo bien nosotros, y luego a mostrarlo a los hijos, los amigos, y a cuantos pudieran interesarse por su significación. No estaría de más que, en los programas de mano se incluyera una breve explicación de los misterios cuyas imágenes presiden las diversas procesiones y que, de ordinario, incluyen fotografías en el folleto. Quizá damos por sabidas determinadas cosas que cada vez son más ignoradas. Si obráramos de este modo, conseguiríamos que las procesiones fueran una ocasión de verdadera catequesis.

La riqueza real y potencial de las procesiones, que brotan del sentido cristiano transmitido de generación en generación, merece una revisión ilusionada y una colaboración debidamente programada para que ayude a cada uno según su situación para descubrir la luz de Cristo, el amor de Dios y la promesa de salvación abierta a quienes busquen a Dios con sincero corazón. El esfuerzo vale la pena.

Pedro Fernández Amo
Delegado Episcopal para las Hermandades y Cofradías.